

# Pequeños niños con pequeños ositos

Escrito por Demian Rugna

Ilustrado por Laura Aguerrebehere

Escondido en el tumulto, amontonado en el montón, siendo parte de una enorme población apilada en una inmensa pared se encontraba un oso de peluche. Uno como tantos otros.

Noticia fue el día que uno de estos osos de peluche le comió un dedo a un pequeño niño. Digo pequeño porque si hubiera sido un niño más grande entonces podría haber la posibilidad que este enorme niño haya sido quien provoque a estos ositos de peluche, influenciado por su inmaduro sobredesarrollo característico de brabucones de similares características. Pero no fue así; la inocencia pura sangraba inocente sangre por su dedo seccionado mientras esperaba angustiosamente en la cola de la caja para hacer el reclamo. Claro, no estaba allí su padre para pegar un grito en el cielo.

La noticia no tardó en correrse. Pronto llegó el papá, la mamá, la hermana, la televisión, la vecina y todos los medios de comunicación menos importantes que la vecina.

Por supuesto que nadie le creía a este niño que un oso de peluche hubiese podido devorarle de un mordisco su pequeño dedo índice. Nadie le creyó hasta que un juez ordenó abrirle la panza a todos los osos de peluche de esa inmensa juguetería. No fue fácil ya que el dueño de la juguetería se opuso rotundamente a exponer a sus osos de peluche a semejante ultraje. Pero el peso de la ley se hizo fuerte y la familia del pequeño niño logró lo que buscaba.

Uno por uno y con ayuda de un cirujano y su bisturí, fueron abiertos los osos de peluches. Empezaron por los más baratos, obviamente, y luego siguieron los más caros. Fue triste ver al dueño de la juguetería desesperado pidiéndole al osito Teddy, el único osito a pila que, de acuerdo a su prospecto, podía hablar como para que le dijera cuál de todos los demás osos había sido el atrevido mordedor.

Al cabo de unas horas y ante los estupefactos ojos de los testigos, encontraron dentro de un pequeño oso discontinuado, el dedito índice del pequeño niño.

“Un caso único en nuestro país” subrayaba el juez mientras trataba de caratular la causa. Al principio fue apresado el dueño de la juguetería y al cabo de unos días fue liberado, ya que él no era el responsable del accionar de sus juguetes, y mucho menos de sus osos de peluche. Todos apuntaron al fabricante quien eludió el problema alegando que ese tipo de cosas no le enseñan a sus ositos desde la fábrica.

Así fue como todos le echaron la culpa a la televisión y por consiguiente, la culpa era de todos.



Y esa culpa dividida en tantas personas daba un tan pequeño porcentaje que no valía la pena siquiera discutirlo. Entonces no era culpa de nadie.

Por suerte el dedo recuperado fue implantado nuevamente en la mano del niño que, a pesar de haber perdido cierto porcentaje de movilidad y las ganas de volver a tocar la guitarra; hoy puede decirse que este pequeño niño cuenta hasta diez con sus propias manos.

Extraño fue el destino del dueño de la juguetería. Con centenares de osos despanzados pensó en lo peor para su negocio. “Si esto hubiese ocurrido antes del día del niño me fundía realmente”.

La estrategia para vender estos rezagos de gomaespuma destripada fue más que maravillosa: El dueño de la juguetería imprimió varias etiquetas para pegarles a estos ositos agregándole títulos y nombres como “Buffy recién operadito”; “El oso Pachi y su apendicitis loca”; entre otros. Pero no fue la idea esa tan buena como ponerlos a un precio más caro de lo que valen sanos. Entonces ahí los padres se volvieron locos por comprarlos, y se los sacaron de sus manos. Fue así que el dueño de la juguetería debió comprar muchos más osos y abrirle la panza a cada uno. Las ventas fueron increíbles, el dueño consiguió abrir otra sucursal exclusiva para ositos operados. Luego vinieron las imitaciones en otras jugueterías, luego modelos fabricados directamente con miles de opciones quirúrgicas. Otra gran idea del dueño de la juguetería fue empezar a fabricar “órganos de ositos de peluche” entonces cada niño podía allí jugar que saca y pone lo que quiere dentro de la panza de su juguete.

La demanda fue tan grande que se han conocido algunos casos de tráfico ilegal de órganos de ositos de peluche. Ahí aparecieron los brabucones en los recreos de los colegios que se encargaban del secuestro y extracción de órganos de los ositos de sus pequeños compañeritos de escuela.

Desde un ministerio en algún lado del gobierno se prohibió esta contienda comercial y especulativa. Prohibiendo la venta de “ositos operados” y “para operar”. Algunos dicen porque no es buen ejemplo para los niños ya que se parece demasiado a la realidad de los adultos.

Fue a partir de ese momento que, si uno se fija bien, en las cajas de los ositos de peluche que uno compra en las jugueterías, hay una etiqueta con una leyenda que dice: “Prohibido operar el osito, puede producirle la muerte y no tiene devolución”.

Demian Rugna

